

“Esto de firmar libros se ha puesto de moda, como los cócteles”

“El escritor que no viva su oficio las veinticuatro horas del día, nunca pasará de simple aficionado”

Dice Marino Gómez-Santos, que ayer dedicó ejemplares de su última obra en la «Librería Universal»

Texto: **ALVAREZ-MAGADAN**

Fotos: **SIERRA**

Cuando llegamos a la librería Universal, donde Marino Gómez Santos aguardaba a quien quisiera una dedicatoria autógrafa de su libro “Españoles en órbita”, comenzaba a caer el “orbayu” o “calabobos”, haciendo más asturiana, más entrañable aún, la tarde elegida.

En el establecimiento, que no parece tal, por lo acogedor y agradable que resulta, la espo-

estas cosas de los libros y las ediciones. Y Marino corrobora esta opinión, que es la de un hombre experimentado.

—¿Por qué “Españoles en órbita” no ha esperado un momento más favorable?

—El corredor de Madrid la fué lanzado, y el público le dispensó una gran acogida, ¿comprendes?

—Ya. No dejes para mañana...

tró un ciento de folios de Ramón.

—Fíjate. Me han costado mil pesetas.

Marino sonríe.

—Ramón era un hombre extraordinario. Y además escribía por lo que le diesen. Nueva dedicatoria. El escritor la va trazando con letra grande, clarísima.

—¿Es normal que los autores literarios tengan mala caligrafía?

—Hay casos y casos.

—¿Cuáles son las más enrevesadas letras que has conocido?

—La peor, con cien codos por encima de las restantes, la de Zunzunegui. Es un auténtico jeroglífico.

—¿Y la mejor?

—Fernández Flórez, tenía una letra magnífica. Lo mismo que Sánchez Mazas, Pérez de Ayala y otros varios.

Hablamos de “Españoles en órbita”. Marino dice que, en su opinión resulta un libro interesante. Ni mejor ni peor que los quince que ha publicado hasta ahora. Nueve biografías de otros tantos personajes de la vida nacional contemporánea. Nueve retratos vivos, que encontrarán muchos lectores.

—¿Tú próxima obra?

—Está a punto de salir. Sobre la reina Victoria Eugenia.

—¿Qué archivos has utilizado?

—Ninguno. La entrevista personal con la propia reina, exclusivamente.

—¿Lugares?

—Lausana y Roma. Desde luego, estoy muy ilusionado con este libro.

Ha salido a relucir su famosa cinta magnetofónica. Asegura que la emplea porque, de este molo, la entrevista sale más natural, muchísimo más fluida. Recuerda sus famosas páginas en “Pueblo”.

—¿Cuánto tardabas en escribir los seis folios de cada una?

—Por lo general, soy rápido escribiendo. Únicamente el primer capítulo de la serie me costaba. Al tiempo de realizarlo, concebía ya los siguientes, ¿sabes?

Angelines, la mujer de Marino, continúa callando y sonriendo.

—¿Es usted escritora?

—No por Dios! Escritor y escritora son incompatibles.

Vuelvo a preguntar a Marino.

—¿Vives bien con la literatura?

—No puedo quejarme.

—¿Cuántas horas trabajas al cabo del día?

—Las veinticuatro, como todo escritor que se precie.

—¿Y los que no trabajan más que una fracción de esas veinticuatro?

—Nunca pasarán de simples aficionados, con mejor o peor fortuna.

—¿Por qué esto de firmar obras en la librería correspondiente?

—Se ha puesto de moda. Igual que los cócteles, o algo por el estilo.

—¿Ayuda a vender más este uso moderno?

—Quizás. Aunque, desde luego, no se nota demasiado.

A punto de terminar la entrevista, voy enterándome de más cosas. Por ejemplo, de que la primera edición de “Españoles en órbita” la constituyen cinco mil ejemplares. Toda una lotería, porque, hasta el final, no puede nunca saberse el éxito o fracaso de una obra literaria.

Suena el teléfono. Un “lobo de mar” de Tapia, le pide un libro dedicado.

Marino escribe: “A Manuel García Robledo...”

Última cuestión, literatura asturiana contemporánea. Gómez Santos y Richard no están de acuerdo, aunque, al fina y a la postre, piensen de la misma forma. El editor dice que la mejor novela, el mejor libro, en general, es la que mejor se vende. Y Marino que sí, pero con reservas.

Nos despedimos. Sigue “orbayando” a más y mejor, para que haya ambiente a tono con el lugar de la charla. Suerte, Marino. Suerte, y adelante.



sa del escritor, Angelines, el propio Marino y Richard, mano a mano en su charla. Es decir, un mano a mano de los caballeros. La señora, bellísima por cierto, les escucha con una eterna y apacible sonrisa en sus bien dibujados labios.

Me autopresento, y en seguida incorporo mis preguntas al diálogo.

Richard me advierte que agosto es una época malísima para

—Exacto.

Llega el doctor García Morán. Saluda al escritor, y ambos charlan unos minutos. Dicen cosas en torno a Ramón. A Ramón Gómez de la Serna, que es el Ramón por antonomasia.

En cierta ocasión, Marino pidió tres mil pesetas por un libro suyo, y el editor se echó las manos a la cabeza. Pasó a la contigua rebotica, y le mos-



MARINO, SU MUJER, EL DOCTOR GARCÍA MORÁN Y NUESTRO COMPAÑERO ALVAREZ-MAGADAN.